

tiene más que lo que le produzcan las joyas que se vayan vendiendo. . . .

— ¿Puedo verla?

— Sin el menor inconveniente; está tranquila, añadió el doctor con pesadumbre: quisiera que sufriese, que llorase. . . .

— Tal vez cuando me vea, recuerde. . . .

— Vamos á ensayar: desearia una emocion; háblela vd. mucho de su hijo, recuérdela vd. su amistad de la infancia, algun rasgo notable de su carácter, algun hecho que la conmueva.

El doctor se levantó y entró en el gabinete inmediato; despues me hizo señas de que pasase.

Tenia la marquesa á su lado á su compatriota la baronesa de Karuski, que no la abandonaba en su desgracia, y á un sacerdote anciano.

La marquesa viuda de Alar habia sido una de las mujeres más hermosas de Alemania, de donde era oriunda, y conservaba aquel contorno y resplandor de la luna llena que atestigua la pureza de una vida imaculada, no empañada siquiera por la sombra de la vejez. Habia candor en su frente á los sesenta años, y ternura en su sonrisa; cosa que pocas veces se encuentra, y que cuando se halla se admira. Su cabello ántes rubio, tenia un blanco limpio y natural, que endulzaba la expresion de su fisonomía noble y digna. Hubiera sido un buen gusto artístico, aunque inhumano, petrificar aquel busto, tal como se hallaba cuando volvió hácia mí sus ojos serenos. Pero de repente se estremeció, levantóse, enderezándose como si hubiera recobrado su juventud, y me tendió los brazos exclamando con acento desgarrador:

— ¡Ya no tengo á Virgilio, á tu amigo, ya lo perdí. . . !
¡Se suicidó. . . ! Y retorciendo sus brazos con energía extraña, me estreché convulsivamente contra su seno, me rechazó, volvió á estrecharme, prorumpió en hondos gemidos, y cayó en los brazos del doctor repitiendo: ¡hijo mio. . . ! ¡hijo mio. . . !

Todos llorábamos. Las notas de aquel dolor, el más profundo que puede sufrir el corazon humano, resonaban vibrantes en las cuerdas de nuestro pecho, y respondiamos con ecos dolorosos. No estaba loca; su desgracia era mayor; el dolor habia triunfado de la locura misma, y la razon era en aquellos momentos horribles el mayor de todos los dolores, y la mayor de todas las locuras. ¡Pobre madre! no habia tenido más que un hijo, y al producir aquella obra maestra, creía orgullosa que no necesitaba más para merecer el galardón de las matronas.

Sali á la sala miétras el doctor administraba sus bebidas, y reparé en el retrato que no distinguí al entrar por venir de luz más fuerte. Era el retrato del amigo de mi niñez y de mi juventud. Virgilio, de pié al lado de la chimenea, presentaba el gallardo tipo que sólo produce el cruzamiento de dos buenas razas. Era algo rubio para ser moreno, y algo moreno para ser rubio. La estatura era del Norte, pero las líneas eran del Mediodía. La calma y la reflexion de su semblante eran de la raza alemana, pero la mirada y el ímpetu eran de la raza española. Allí estaba con sus treinta años no cumplidos, cuando todavía no nos habia separado el abismo de Angela, cuando era el delirio de las mujeres, el alma de la juventud madrileña, la novedad en Berlin. A su lado estaba el perro de caza, como en los retratos de D. Juan de Austria, á cuyo tipo se parecia, y cuyo valor habia imitado batiéndose por elegancia en Crimea en el ejército inglés. Literato sin haber publicado libros, diplomático sin canje de cruces, capitalista sin haber hecho jamas una operacion bursátil; era el noble antiguo por sus abolengos, el caballero moderno por su ilustracion.

El doctor volvió á llamarme, y la marquesa me hizo señas para que me sentara á su lado. Su rostro estaba tan blanco como su cabello, y parecia que aquel pensamiento mio de la petrificacion, iba realizándose. . . . No faltaba ya más que la inmovilidad.

— Enrique. . . me dijo con voz casi imperceptible; pocos momentos me quedan de vida. . . ! Bendito sea Dios, que me permite verte ántes de morir, para poder llevar noticias tuyas á mi hijo. . . ! He creido estos dias que estaba aqui abajo, y por eso me he detenido esperándole; pero ya sé que está allá arriba y me voy con él. . . . !

Detívose, y luego siguió:—Hay una carta cerrada que Virgilio dejó para tí ántes de marchar, y que me encargó te entregase cuando vieras. . . . En el mueble que está al lado de mi cama la hallarás. . . . Toma; y me dió una llavecita.

Miétras la doncella de la marquesa me conducia á la alcoba y abria el mueble, oí suspiros de agonía y movimientos precipitados del doctor; cuando sali con la carta, la marquesa estaba casi exánime; cogí su mano, y todavía haciendo un esfuerzo, tomó el pliego cerrado que le mostraba, lo llevó á su boca, y en aquel beso que dió á la letra de su hijo, exhaló el último aliento.

[Continuaré]

REDONDILLAS.

(Arguye de inconsecuentes el gusto y la censura de los hombres que en las mujeres acusan lo que causan.)

Hombres necios, que acusais
A la mujer, sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais:
Si con ansia sin igual
Solicitais su desden,
¿Por qué quereis que obren bien,
Si las incitais al mal?
Combatís su resistencia,
Y luego, con gravedad,
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco,
Al niño, que pone el *coco*,
Y luego le tiene miedo.
Quereis con presuncion necia
Hallar á la que buscais,
Para pretendida, Thais,
Y en la posesion, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro,
Que el que, falto de consejo,
Él mismo empaña el espejo,
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desden
Teneis condicion igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.
Opinion ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite es ingrata,
Y si os admite es liviana.